

LA DEFENSA

Semanario político y de intereses generales

Precio de suscripción: 1.50 pesetas trimestre.

Dirección y Redacción: Cuesta de Lucias, num. 6.

No es eso

En verdad, en verdad os digo, lectores carísimos, que no se por qué camino echar para que todos estéis contentos.

Quisieran unos que cambiáramos la pluma por el látigo, sin dar al instrumento de tortura ni siquiera el reposo que reclama el brazo fatigado, y otros desearían que, pasando por alto las miserias que nos salen al paso, nos ocupáramos de política ideal y de los arduos problemas que los Gobiernos han de resolver.

Lo primero sería muchas veces injusto, y lo segundo ridículo siempre.

Lo preciso es que vivamos en la modesta esfera en que nos coloca la Providencia, sin que, por mucho elevarnos, vengamos a tener por medio ambiente aire tan enrarecido y tenue que no ejerza la presión suficiente sobre nuestra piel y nos deje estallar como una bomba.

Aquí no hay más móvil político, que pagar pocos consumos y nos da lo mismo que hicieran el milagro el Sr. Canalejas o el marqués de Cerralbo, que no lo hara ninguno, y sin otro objeto que eso quieren ser muchos concejales, y son los más modestos, porque los hay también que quisieran, en vez de contribuir a los gastos del común, que el común contribuyera a los suyos y a los de toda la familia.

Y hay que confesar que en estos se ve confirmado muchas veces el adagio que dice que «querer es poder».

¡A cuántos de estos hemos desenmascarado!

¡A cuántos hemos de desenmascarar todavía!

Pero, ni esto es posible a todas horas, ni puede hacerse sino cuando detrás de las palabras están las pruebas y lo exige la conveniencia.

Que no hemos cometido un error no demuestra el hecho, aquí sin precedentes, de haber llamado a cada uno por su nombre y la constante censura a cuantas acciones punibles se han cometido.

Eso sí, sin intemperancias de lenguaje, impropias de la prensa y de nuestro modo de ser.

Dentro de lo poco que podemos hemos conseguido más de lo que esperábamos, y esperamos mucho, y mucho nos proponemos conseguir todavía, pero sin impacencias, con labor lenta y nunca interrumpida; aunque piensen otra cosa algunos candidos, y otra cosa quisieran los que nos verían con gusto despeñándonos y cayendo a los abismos del absurdo, para luchar intemperadamente en la más risible impaciencia.

No, nosotros no obramos llevados por la impresión del momento, nuestros actos son hijos de la reflexión y por eso aceptamos la absoluta responsabilidad de ellos, y por eso vamos donde queremos ir y no donde nos quieren llevar.

Si hay cargos que hacernos, concrétense, que estamos seguros de poder responder a ellos victoriosamente, y si nuestra confianza nos engañara y no pudiéramos, sabríamos confesar humildemente nuestra falta, pedir perdón de ellas y retirarnos a la soledad del hogar a llorar nuestras culpas, para no darnos a luz hasta que la penitencia y el arrepentimiento nos hubiesen regenerado.

Procedimiento también sin precedentes próximos en estas riberas del Guadalentín.

Ni nos hemos apartado ni pensamos apartarnos de nuestro programa; muy lejos de ello, lo tenemos muy presente en todas nuestras palabras, y lo que vale más, en todos nuestros actos.

Las reticencias y las ambigüedades de los que pretenden juzgarnos, no prueban más que mal-

querencia por causas que estamos cansados de señalar y que todos las conocen, aun sin señalarlas.

Estamos donde debemos, como siempre hemos hecho, y no nos valemos de la sombra para obrar, ni rodeamos de misterio nuestros actos.

El archivo municipal

Pobre, sin interés para el mundo y sin páginas gloriosas, será nuestra historia, pero así todo, debemos procurar que no se pierda con el maltratado archivo, que en primer lugar debiera contener, a la acción del tiempo, no neutralizada por el cuidado y la vigilancia, no hubiera hecho desaparecer los mejores manuscritos amontonados sin orden ni concierto desde larguísima fecha.

Ni el tal archivo tiene un índice, ni los legajos están formados por orden de materias, de fechas, o de las dos cosas combinadas, sino agrupados del modo que viniera a la mano del que lo hizo, los papeles que contiene.

No envuelva esto censura para nadie; los dignos secretarios de Ayuntamiento que hace años vienen sucediéndose, ni tenían obligación de poner orden en aquel caos, ni disponían de medios para que persona competente lo hiciera, y así vienen perdiéndose unos y destruyéndose otros documentos, que debieran catalogarse y conservarse cuidadosamente.

Hoy ni local tiene el archivo.

Cubiertos de polvo y amontonados, yacen manuscritos, quizás preciosos, en una habitación mal acondicionada, y lo que es peor, que se derrumbará el día menos pensado con el edificio, desalojado por ruinoso, de las Casas Consistoriales.

Poco perderemos con esto, porque tener el archivo como está es lo mismo que no tenerlo, y sólo las ratas lo echarán de menos el día en que desaparezca por completo, lo cual no tardará mucho.

Mal está de fondos nuestro Ayunta-